

¿DE QUÉ HISTORIA APRENDEMOS? LAS LECCIONES DE IRLANDA DEL NORTE PARA EL RESTO DEL MUNDO

Es de desear que las personas aprendan de la historia, al menos yo así lo pienso como historiador que soy, ya que, en caso contrario, el trabajo al que he dedicado mi vida tendría poco sentido.

El problema es que las lecciones que nos da la historia a menudo son engañosas, o al menos mucho menos obvias de lo que generalmente se piensa.

Daré un único ejemplo. Todos sabemos que algo fue muy mal con las últimas campañas de la coalición tras el 11-S, tanto en Iraq como en Afganistán. Los generales y estrategas militares llegaron a la conclusión de que se ponía demasiado énfasis en la potencia armamentística, y no el suficiente en ganarse los “corazones y mentes” de las poblaciones civiles. Se pusieron a buscar ejemplos en los que se hubiera librado una campaña de contrainsurgencia con éxito. Al final solían acabar en la gestión británica de la Emergencia Malaya de 1948-1962, librada contra una minoría de militantes comunistas pertenecientes a su vez a la minoría étnica china. Irónicamente, en la Segunda Guerra Mundial, estos mismos grupos guerrilleros habían lu-

Michael Burleigh es escritor e historiador británico. Sus últimas obras son: *Sangre y rabia: una historia cultural del terrorismo* (2008) y *Combate Moral: una historia de la Segunda Guerra Mundial* (2011). Colaborador de *Daily Telegraph*, *Sunday Times* y *Daily Mail*.

Traducción de Estefanía Pipino.

chado a favor de los británicos y en contra de las fuerzas de ocupación japonesas.

Este episodio obtuvo un protagonismo estelar por parte del ejército de los Estados Unidos, así como del manual de contrainsurgencia (COIN) del Cuerpo de Infantería de Marines, un extenso libro sobre cómo llevarla a cabo y producido bajo los auspicios del general David Petraeus, en ese momento comandante del Mando Central de los Estados Unidos (CENT-COM) y, más tarde, comandante de las Fuerzas de la Coalición en Afganistán. Actualmente es director de la CIA. El núcleo de su estrategia consistía en aprovechar los auxiliares locales, alienados por los excesos de Al-Qaeda, a la vez que conseguían ganarse a los ciudadanos neutrales transformando a sus soldados que, de robots armados de alta tecnología, pasaron a ser trabajadores sociales (armados).

Petraeus se ha erigido como el sucesor directo del heroico personaje que rompió moldes y obtuvo la victoria en Malaya. En este país, los incompetentes sin paliativos que llegaron al principio y que se esforzaron erráticamente sin conseguir nada, fueron reemplazados por el general Sir Gerald Templer, que encajaba con las exigencias del mariscal de campo Montgomery, que había pedido “un hombre con un plan”. Templer empleó numerosas tácticas, desde poner en cuarentena a chinos de zonas rurales en nuevos poblados protegidos, hasta involucrar a chinos ricos en la política de la independencia inminente, para romper la columna vertebral de la insurgencia. Aunque estos no tiraron la toalla oficialmente hasta 1989, su guerra, a todos los efectos, acabó en 1962.

En realidad poco de esto habría funcionado si los predecesores de Templer no hubieran conseguido alcanzar un alto grado de control espacial y poblacional con medidas militares. Era la condición indispensable para cualquier campaña de “corazones y mentes”. Irónicamente, los japoneses también experimentaron con el *minshin harku*, su expresión para “corazones y mentes”, a lo largo de los territorios conquistados en Asia. Construyeron poblados protegidos y trataron de cooptar líderes de nacionalismos locales para hacer frente a los colonialistas europeos. Incluso concedieron a Filipinas la independencia.

Aunque es cierto que esto demuestra que para nada está claro *qué* fase de la campaña contrainsurgente fue la que más éxito tuvo, también deberíamos ser conscientes de lo que milita en contra de que la Emergencia Malaya se considere *ejemplar*. El istmo de Malasia tiene una frontera territorial muy corta que linda al norte con Tailandia. Esto impedía que los insurgentes obtuvieran apoyo externo como el recibido por el Viet Minh de Indochina a través de las largas fronteras con Camboya y China. En segundo lugar, como hemos visto, el 90% de los comunistas eran de etnia china dentro de una población predominantemente malaya musulmana. Los chinos se dividían entre ricos y pobres, habitantes urbanos o rurales, o entre los partidarios de Mao y los del Kuomintang de Chiang Kai-shek. Estas ventajas para los británicos no se han repetido en otras naciones enfrentadas a conflictos “similares”. Y además, los británicos anunciaron por adelantado que pretendían conceder la independencia a Malasia.

Me detengo en esta “lección de historia” porque me preocupa que la experiencia británica sobre la “resolución de conflictos” en Irlanda del Norte se haya inflado por encima de lo que demuestran los libros de historia. No puedo evitar sospechar que los esfuerzos para que las “conversaciones con los terroristas” se conviertan en la norma en el mundo formen parte de una tentativa británica (e irlandesa) para adquirir un mayor peso del que merecen a través de una forma de moralismo internacional.

Desde principios de los sesenta, cuando el diplomático irlandés Conor Cruise O'Brien fue enviado al Congo a dirigir una intervención de paz armada de la ONU, la República de Irlanda se ha visto, de hecho, muy beneficiada por esa postura en los foros internacionales y humanitarios, y parece que los británicos desean hacer lo mismo, ya que las restricciones fiscales están reduciendo sus fuerzas armadas. Se nos da bien sermonear a la gente, a pesar de que en 2008 una delegación del Ministerio de Asuntos Exteriores que debía impartir un programa en Angola y Mozambique sobre “mejores prácticas” gubernamentales tuvo que ser cancelado al estallar, en ese momento, un escándalo nacional de corrupción por gastos parlamentarios.

Los funcionarios británicos y antiguos terroristas irlandeses republicanos del Sinn Fein no han tardado en brindar su experiencia; no solo Gerry Adams del

Sinn Fein, que asomó la cabeza en el País Vasco para soltar perlas de sabiduría, sino que han llegado hasta Sri Lanka y Timor Oriental. En este país, la antigua mediadora policial de Irlanda del Norte, Nuala O'Loan, es la altisonante “Embajadora itinerante y enviada especial para la resolución de conflictos en Timor Oriental”. Los sarcásticos llaman a esta “resolución de conflictos”, turismo.

La idea fundamental de este enfoque recuerda a un antiguo anuncio de televisión de British Telecom donde aparecía el simpático actor Bob Hoskins diciendo “siempre es bueno hablar”, a ser posible sin establecer antes las condiciones de buena conducta indispensables. Un axioma final que implica esta forma de pensar es que resulta necesario cooptar los extremos para que acepten cualquier acuerdo, aunque esto signifique tirar a los moderados bajo un autobús, el sino que muchos le adjudican al Partido Unionista de David Trimble y al Partido Socialdemócrata y Laborista del sector nacionalista.

Dicen que mientras que el fracaso es huérfano, el éxito tiene mil padres. A pesar de que la audiencia internacional llevaba tres décadas ligeramente escandalizada ante las granuladas escenas de caos y violencia que llegaban desde Belfast, ahora se les exhorta a considerar el caso de Irlanda del Norte como un éxito. No es de extrañar que la atracción turística principal de Irlanda sea un museo dedicado al Titanic. Si son capaces de convertir el mayor desastre marítimo de la historia moderna en una historia de éxito, también lo pueden lograr con un conflicto que se ha llevado 3.500 vidas.

Como su principal impulsor, Jonathan Powell, el jefe de gabinete de Tony Blair, ha declarado en un arranque de espontaneidad: “tenemos todas las razones para pensar que la paz puede prosperar en otros lugares donde el proceso se haya topado con problemas; en España, en Turquía, en Sri Lanka, en Medio Oriente, en Afganistán, e incluso, a largo plazo, con el terrorismo islamista, *si se logra que la gente hable*”. En una entrevista radiofónica, incluso se imaginó a sí mismo enseñando a los hijos de Osama bin Laden a hacer *skateboard*, como hizo una vez con Martin McGuinness y sus hijos durante un descanso en las negociaciones de paz. Como mostraré más adelante, esta línea implica atenuar una historia mucho más larga para que pueda encajar en su interpretación de por qué bajo el Gobierno de Blair en el que sirvió, el IRA estuvo dispuesto a tirar la toalla.

Este enfoque conciliador ha calado hondo en el *establishment* británico. La baronesa Eliza Manningham-Buller, exdirectora del Servicio de Inteligencia interior británico (MI5), argumenta que se deberían mantener conversaciones con Al-Qaeda. Un exagente de la agencia de inteligencia exterior británica (MI6), Alastair Crooke, antiguo asesor del español Javier Solana, el gran jefe de la UE en todo lo relacionado con Medio Oriente, ha hecho mucho por sacar de la trinchera a Hamás y Hezbollah. Afortunadamente, los *navy seals* estadounidenses que mataron a Osama bin Laden el 25 de mayo de 2011 tenían otra forma de ver las cosas, lo mismo que el Gobierno de Sri Lanka de Rajapaksa, que desplegó una enorme ofensiva militar para aniquilar el último bastión de los tigres del Tami. No deja de ser irónico el hecho de que Mahinda Rajapaksa sea un abogado socialista especializado en derechos humanos y que haya modelado su régimen a partir del de Tony Blair, antecedentes que no suelen mencionar aquellos que buscan convertirlo en un paria internacional por sus supuestos crímenes de guerra.

Se ha dicho correctamente que las generalizaciones a partir de la experiencia de Irlanda del Norte “tienden a transportar tópicos y terminología incorrecta de un escenario de conflicto a otro, de forma inexperta y sin cuestionar nada”. A pesar de que existen similitudes obvias entre ETA y el IRA Provisional, como las hubo entre el IRA Oficial de los años veinte y el Irgún sionista de finales de los cuarenta, trazar analogías sobre el fin de los conflictos es mucho más complicado.

Poner el énfasis en las conversaciones implica restar importancia a la contribución de las fuerzas armadas y de los servicios de inteligencia en forzar a los terroristas a sentarse a la mesa de negociaciones. Lucharon dura y prolongadamente contra oponentes peligrosos. Aunque se produjeron conversaciones clandestinas entre el IRA Provisional y los Gobiernos de Wilson y Heath, no llegaron a mucho ya que la retirada británica no era una opción real, salvo en las fantasías más apocalípticas de Wilson.

En lugar de eso, los británicos decidieron librar una guerra de desgaste contra el IRA. Para ello se empleó, desde agosto de 1971, el internamiento sin juicio de los sospechosos de ser simpatizantes terroristas, las condenas en tribunales secretos de tipo Diplock sin jurado, y la infiltración del IRA por agen-

tes. Los riesgos del IRA también aumentaron por las actividades del Servicio Especial de la Fuerza Aérea (SAS), sobre todo en las “tierras baldías” de la frontera sur y más allá, pero también en el extranjero. Mientras tanto, los esfuerzos por encontrar una solución política a través de un reparto del poder se vieron obstaculizados por la intransigencia de los llamados “protestantes lealistas”, que utilizaban las huelgas para frustrar los acuerdos que nos les gustaban, y por la insistencia de la República de Irlanda de mantener sus reivindicaciones constitucionales sobre el norte. La ingenuidad de los estadounidenses de origen irlandés con respecto a lo que apoyaban con su bolsillo tampoco ayudaba. La línea dura seguida por el Gobierno de Thatcher, que culminó con el fracaso de la huelga de hambre emprendida por los prisioneros del Sinn Fein-IRA, también mostraba un modo de avanzar. Las huelgas de hambre suscitaron un apoyo considerable por el Sinn Fein entre el sector católico-nacionalista que se debilitó en el campo de batalla, por lo que decidieron dar mayor asiduidad a las operaciones del sector “urnas”. El foro fue la nueva Asamblea de Irlanda del Norte, en la que los británicos planeaban ir depositando más poder a medida que la zona se estabilizase. El apoyo al Sinn Fein era el centro de atención tanto de Londres como de Dublín que, con el apoyo del presidente Reagan, suscribieron el Acuerdo angloirlandés en 1985.

Aunque el Acuerdo angloirlandés logró más bien poco, no deberíamos olvidar que la violencia paramilitar también “contribuyó” al proceso de paz. A pesar de que la tentativa de 1984 de asesinar a todo el Gabinete británico en Brighton gozó de popularidad –y recuerdo que el capellán de una universidad de Oxford se lamentaba de que Norman Tebbit no hubiese sido asesinado–, la naturaleza sanguinaria y sectaria de gran parte de la violencia desilusionó a aquellos que aún creían en la imagen idealizada que el IRA había hecho de sí misma como combatientes de la libertad contra los “colonialistas” británicos. El IRA forzó a un hombre, tomando a su familia como rehén, a que se convirtiera en su primera bomba humana obligándole a chocar un camión cargado con 450 kg de explosivos contra un retén militar, detonándolo con él dentro. El resultado fue una escalada del terrorismo unionista y el auge de *gangsters* lunáticos como el “perro loco” Johnny Adair, vinculado al tráfico de drogas y negocios similares. Para 1993-1994 los terroristas unionistas habían matado, por primera vez, más gente que los republicanos. El riesgo del IRA Provisional también aumentó

por la proliferación de informantes, entre ellos Freddie Scappaticci, que dirigió la temible Unidad de Seguridad Interna y que torturó y mató a informantes, mientras que secretamente cobraba una nómina del ejército británico de 80.000 libras (unos 100.000 euros) al año. Por estas razones, a pesar de numerosas atrocidades abominables, el IRA ya no estaba en posición de librar una “guerra”. Los presos más antiguos del IRA, que se enfrentaban a una cadena perpetua, también recomendaron al IRA que se retirase, algo que daría un nuevo impulso a la estancada trayectoria electoral del Sinn Fein. En otras palabras, el eventual proceso de paz escondía mucho más que “conversaciones con los terroristas”.

Esto implicaba varios hechos interrelacionados. Las negociaciones entre Gerry Adams y el líder del SDLP, John Hume, dieron como resultado la articulación de una posición “pan-nacionalista”. Los británicos indicaron formalmente en 1986 que “no tenían ningún interés político, militar, estratégico o económico en quedarse en Irlanda” salvo la “realidad” de un millón de personas que se consideraban británicas y que, igual que los habitantes de las Islas Malvinas a casi 13.000 km de distancia, no podían ser ignorados.

Se inició así la transformación británica, que pasó a ser una “facilitadora” (cualificada) del diálogo entre los partidos locales enfrentados. Se aferraron a lo que resultó ser un mensaje falso de Martin McGuinness que decía: “el conflicto ha acabado pero necesitamos su consejo sobre cómo ponerle fin”; una declaración originada en un intermediario deseoso de acabar con el “callejón sin salida”. Los paramilitares unionistas también indicaron su disposición por la paz, y su preparación para la guerra.

El primer ministro británico y el irlandés, John Major y Albert Reynolds, colaboraron en la Declaración de 1993 de Downing Street, que allanó el camino para el acuerdo que Tony Blair sellaría cinco años más tarde. En agosto de 1994, el IRA declaró el cese total de la lucha armada. En octubre le siguieron los principales grupos terroristas unionistas. En 1995, los Gobiernos británico e irlandés anunciaron las propuestas “marco para el futuro”. Curiosamente, las conversaciones directas se vieron retrasadas por la cuestión de la entrega de las armas, quizá porque con una ma-

yoría pequeña, el Gobierno de John Major dependía cada vez más del voto de los unionistas en Westminster para sacar su propio programa legislativo. El presidente Bill Clinton envió al senador George Mitchell al Reino Unido para resolver el problema; este recomendó no fijar condiciones previas a las conversaciones, incluida la entrega de armas. La insistencia de los unionistas en convocar elecciones proporcionó la excusa para que el IRA retomase el ataque armado, en este caso llevó a cabo enormes explosiones en los distritos financieros de Londres.

Tras dieciocho años de Gobierno conservador, la victoria aplastante de Tony Blair y su Nuevo Laborismo, y la elección a principios de 1997 del Fianna Foil de Bertie Ahern, más pronacionalista, inyectó un nuevo impulso a lo que John Major no había podido hacer por no disponer del apoyo político del partido, a medida que su Gobierno caía en una espiral de escándalos sexuales y problemas sobre Europa.

Nuevos líderes más jóvenes lograron impulsar un nuevo comienzo aunque, irónicamente, fue solo la longevidad de Gerry Adams y Martin McGuinness en el Consejo Militar del IRA lo que les otorgó la autoridad suficiente para que los terroristas republicanos aceptasen el trato. Esto proporcionó cierta seguridad de que, en principio, se pudiera evitar la pesadilla del Gobierno británico de que se produjeran escisiones del bando terrorista armado. A menudo se ha comentado que la falta de este tipo de continuidad entre los líderes de ETA, una consecuencia de la frecuencia de las operaciones antiterroristas a ambos lados de la frontera franco-española, disminuía mucho la certeza de con quién trataban los Gobiernos o de si disponían de la influencia suficiente para lograr que la amplia comunidad separatista vasca aceptase el acuerdo.

En el caso de Blair, también era cierto que no profesaba las simpatías republicanas instintivas o sentimentales que sentían muchos de sus propios diputados laboristas. O bien tenían ascendencia irlandesa, o necesitaban satisfacer el voto étnico irlandés de ciertas partes de Londres y de ciudades como Glasgow o Liverpool, o interpretaban el caso de Irlanda del Norte con una óptica anticolonialista. Blair no sentía ninguna animosidad tribal hacia los unionistas del Ulster, a quienes la izquierda solía caricaturizar como “fa-

náticos” antediluvianos similares a los *afrikaners* blancos de Sudáfrica o a los israelíes. Parecía que el político unionista del Ulster (y abogado como él) David Trimble, realmente le caía bien, y al principio llegó a reconocer que no podía simplemente ignorar los intereses de un millón de protestantes del Ulster. Por ello, se involucró personalmente en las negociaciones y marginó a los ministros para Irlanda del Norte que tuvieran la confianza suficiente con Martin McGuinness como para llamarle “babe” (nene). Se produjeron otras circunstancias que ayudaron a forjar un acuerdo que fuera sólido. Los dirigentes británicos e irlandeses y sus miembros de Gobierno se acostumbraron a cooperar en la UE. La transición al Gobierno de mayoría negra en Sudáfrica proporcionó el concepto clave del “consenso suficiente” entre los principales partidos, en lugar de que los acuerdos naufragaran por culpa de los extremos, pequeños pero más militantes. El propio deseo laborista de transferir competencias de gobierno a muchas regiones del Reino Unido –históricamente, un Estado altamente centralizado– significaba que el establecimiento de una nueva asamblea de Gobierno en Irlanda del Norte iba a parecer algo menos excepcional de lo que pudiera haber parecido. Incluso los historiadores han aportado su grano de arena, ya que muchos de los trabajos recientes sobre historia británica la han tratado como si se tratase de las historias de una serie de *islas* caprichosamente entrelazadas, más que de una Inglaterra en mayúsculas.

Este no es lugar para narrar la historia del Acuerdo del Viernes Santo anunciado el 10 de abril de 1998. Básicamente, los unionistas accedieron a compartir el poder en Irlanda del Norte y a una “dimensión irlandesa” transfronteriza, mientras que los irlandeses nacionalistas aceptaron explícitamente el “principio de consentimiento” ante cualquier futura unión. Esto significaba aceptar la partición. La gran mayoría en la República de Irlanda votó para aceptar estos términos, como hizo el 96% de los nacionalistas del Norte. Entre los unionistas solo una escasa mayoría del 53% aceptó, pero eso se metamorfoseó al 71% del electorado irlandés unido del Norte cuando también se incluyó a los nacionalistas.

A pesar de que Adams y McGuinness en realidad no habían contribuido gran cosa al acuerdo final, rápidamente se apoderaron de él. Esto debilitó el apoyo unionista a los unionistas oficiales de David Trimble, sobre todo por-

que los republicanos estaban encantados con la expectativa de las excarcelaciones en masa de los asesinos nacionalistas que estaban en la cárcel, al tiempo que rechazaban entregar de forma verificable sus considerables arsenales de armas. El apoyo político a Trimble se fue filtrando hacia el Partido Unionista Democrático Protestante del populista Ian Paisley. Debido a que una tendencia similar estaba aumentando el apoyo al Sinn Fein a expensas del Partido Socialdemócrata y Laborista (SDLP), el “proceso” basado en el consentimiento suficiente de los moderados se transformó con el propósito de acercar y dar prioridad a los extremos. Haciendo caso omiso de las informaciones de los servicios de inteligencia, el Gobierno de Blair insistió en hacer distinciones engañosas entre el liderazgo político del Sinn Fein y el liderazgo armado del IRA Provisional. También había abundantes indicios de que el IRA estaba reconfigurándose silenciosamente como una organización criminal a gran escala, responsable de delitos que iban desde fraudes fiscales en el tabaco y la gasolina hasta el tráfico de drogas ilegales a través del robo armado. Tras las elecciones de marzo de 2007, el DUP (Partido Unionista Democrático) y el Sinn Fein se alzaron como los dos mayores partidos de la nueva asamblea delegada. Ian Paisley se convirtió en el primer ministro y Martin McGuinness en viceprimer ministro. Ante el asombro general, su entendimiento inmediato hizo que les apodaran los “hermanos risitas”. Y se puede ver (en estos días más bien a Ian Paisley hijo, desde que su padre se retirase por enfermedad) en el canal BBC Parliament, comentando prosaicas cuestiones tan interesantes como ver crecer la hierba. Irónicamente, la oferta realizada treinta años antes se acercaba bastante a este tipo de acuerdo.

Mientras tanto, las zonas nacionalistas permanecen atrapadas en las garras invisibles, pero fuertes como tenazas, de los antiguos terroristas, algunos de los cuales se han reagrupado en el IRA de Continuidad o en el IRA Auténtico. Estos grupos han perpetrado al menos un gran ataque armado a barracones militares, al tiempo que apuntan a la policía de Irlanda del Norte con potentes bombas que hasta ahora no han logrado explosionar. Estas organizaciones republicanas disidentes podrán ser pequeñas, pero reflejan las opiniones de aquellos republicanos de microcomunidades que, a diferencia de Adams y McGuinness, no van pavoneándose por ahí embutidos en trajes de diseño o vendiendo la paz a todo el mundo en grandes coches. Al contrario, se pudren en miserables urbanizaciones de viviendas de protección oficial donde no han

llegado las enormes cantidades de dinero británico, de la UE y de EE.UU. que se han inyectado en Irlanda del Norte. La mera persistencia de las mitologías autoidealizadas que han perdurado en Irlanda durante un siglo o más, es otra de las lecciones de la historia pero, en todo caso, es considerablemente más antigua que el mantra de moda de que siempre “es bueno hablar”.

PALABRAS CLAVE

Europa • Irlanda del Norte • Terrorismo • IRA • Seguridad internacional • Paz

RESUMEN

El prestigioso historiador británico nos relata algunos de los sucesos que tuvieron lugar en Irlanda del Norte en torno a la cuestión del terrorismo y de su proceso de paz. Con ello, el autor se pregunta si estas experiencias británicas y sus especiales situaciones pueden ser o no extrapolables a la realidad existente en otros países.

ABSTRACT

The renowned British historian narrates to us some of the events taking place in Northern Ireland around the issue of terrorism and its peace process. This leads the author to wonder whether these British experiences and its particular situations can or cannot be extrapolated to other countries' realities.

BIBLIOGRAFÍA

Bew, P. (2007):

Ireland. The Politics of Enmity 1789-2006, Oxford.

Bew, J.; Frampton, M. y Gurruchaga, I. (2009):

Talking to Terrorists. Making Peace in Northern Ireland and the Basque Country, Londres.

Burleigh, M. (2009):

Blood and Rage. A Cultural History of Terrorism, Londres.

Dudley Edwards, R. (2000):

The Faithful Tribe. An Intimate Portrait of the Loyal Institutions, Londres.

English, M. (2006):

Irish Freedom. The History of Nationalism in Ireland, Londres.

Godson, D. (2004):

Himself Alone: David Trimble and the Ordeal of Unionism, Londres.

Martyn Frampton, M. (2010):

Legion of the Rearguard. Dissident Irish Republicanism, Dublín.

Powell, J. (2008):

Great Hatred, Little Room. Making Peace in Northern Ireland, Londres.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Verano de 2012

NÚMERO

52



• • •

VARIA

EMILIO CAMPANY: *La 'nueva' política exterior española*

CARLOS ALBERTO MONTANER: *La libertad de las mujeres*

EDUARDO GOLIGORSKY: *La forja de un liberal*

LUIS DEL PINO: *El modelo capitalista de gestión de la acción política nazi*

MARTÍN ALONSO: *La promesa debe cumplirse: ¿qué haría Lincoln hoy?*

• • •

ESPAÑA, SIGLO XIX

JORGE VILCHES: *Cánovas, padre del liberalismo conservador*

FELIPE-JOSÉ DE VICENTE ALGUERÓ: *Los católicos liberales (1808-1868)*

• • •

CLÁSICOS

Frédéric Bastiat (*El Estado*)

• • •

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVILES

• • •

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com